

Empresa y periodismo, una cuestión de lealtad

DEFENSORA DEL LECTOR. Los lectores de EL PAÍS suscitan un debate sobre la independencia del diario a propósito de las críticas al Gobierno. Las formas y los tiempos también son importantes

MILAGROS
PÉREZ OLIVA



En el artículo de la Defensora del pasado domingo abordé la inquietud que en algunos lectores había provocado la coincidencia de varias informaciones y editoriales muy críticos con el Gobierno socialista y su presidente José Luis Rodríguez Zapatero. Los lectores decían observar un giro en la línea editorial y expresaban su malestar por la sospecha de que ese cambio pudiera estar relacionado con la aprobación, a mediados de agosto y por vía de urgencia, de un decreto ley que regulaba la Televisión Digital Terrestre de pago, un proceder que Juan Luis Cebrián, consejero delegado del

Grupo PRISA, editor de EL PAÍS, había criticado duramente. Ante la gravedad de las quejas, creí oportuno pedir al director del diario, Javier Moreno, que respondiera a las inquietudes de los lectores. El director lo hizo de forma detallada y extensa, negando que se hubiera producido tal giro en la línea editorial, así como que la mayor intensidad de la crítica al Gobierno obedeciera a intereses empresariales de PRISA.

La polémica, sin embargo, ha continuado. Durante la semana he recibido nuevos correos y llamadas que insisten en las sospechas y discuten los argumentos del director. Vuelvo pues sobre el tema para tratar de recoger las voces del centenar largo de lectores que han pedido amparo a la Defensora, y les pido de antemano excusas por la necesaria simplificación de la muy extensa, rica y variada argumentación recibida.

Quienes sostienen que las explicaciones de Moreno no son convincentes esgrimen tres razones: la coincidencia de una notable mayor virulencia en la crítica hacia la política de Rodríguez Zapatero con la aprobación del decreto; el hecho de que esa mayor intensidad crítica se haya dado de forma simultánea en todos los medios de PRISA (muchos lectores dicen ser también oyentes de la SER y espectadores de Cuatro), y el hecho de que la crítica se centrara de forma muy personalizada en el presidente. Muchos lectores, entre los que se encuentran Enrique Ruiz, Agustí Roig, Juan Vidal Díaz, Elisa F. de Castro o Miguel Mas, creen que la credibilidad del diario se ha resentido de estas coincidencias.

“El problema no es realizar un editorial crítico con el Gobierno”, escriben Cristina Gisbert y Claudi Camps, psiquiatras. “Siem-

pre hemos valorado la capacidad crítica de EL PAÍS. (...) La diferencia en los últimos editoriales está en el nivel de agresividad, que se aleja de la crítica constructiva a la que nos tenía acostumbrados. No es casualidad que coincida con la aprobación de una normativa que va contra sus intereses empresariales. Ni en la época tan dura en la que Jesús de Polanco tuvo que acudir a los juzgados por denuncias infundadas, encontramos ese nivel de agresividad”. A José Luis García, “las referencias del director a tres editoriales para negar el cambio editorial” le parecen “sumamente débiles. No creo que exista un lector de EL PAÍS que no espere encontrar estas críticas cuando las decisiones del Gobierno las justifiquen. Lo nuevo es la descalificación personal del presidente Zapatero” en los medios de PRISA, dice.

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

La farsa sacramental del toro de la Vega

Agarrando con fuerza el mástil de la lanza castellana, el mozo más aguerrido la clava en el costado del toro. Brota el primer chorro de sangre y mientras el animal embiste a los que tiene por delante los de atrás hincan en su cuerpo unas largas y afiladas hojas de acero. El toro busca entre la polvareda que levantan los caballos un lugar por dónde escapar, pero el cerco se ha cerrado y desangrándose agoniza ante el envuelto en griterío de los lanceros. Quien en este momento consiga darle “la más certera, valiosa y grave lanzada”, aquel que vaya a ser considerado autor de la muerte del toro de la Vega podrá embadurnarse con su sangre, cortar sus testículos y enarbolarlos en la punta de su lanza, pasear por las calles de Tordesillas y ser aclamado como vencedor del torneo.

Los que ven en este festejo un espectáculo denigrante reclaman al Estado que prohíba de una vez la ofensiva brutalidad popular. Por su parte, las autoridades municipales y autonómicas, respaldadas por el fervor vecinal, protegen una costumbre que refleja su manera de ser, define su identidad y establece los lindes de su soberanía.

La disputa confronta argumentos no del todo desconocidos: los partidarios de la tradición remontan su legitimidad hasta los ancestros fundadores del primer sacrificio y se amparan en su prestigio para imitar la ceremonia original; los adversarios, sin más respaldo que su discernimiento moral, reclaman el derecho del sentido común a cancelar una herencia indeseable. Unos y otros se tratan con franca hostilidad: para los vecinos, los adversarios de la fiesta son *foráneos entrometidos*; para los ecologistas, los lanceros son unos *indígenas despiadados*.

Los defensores de los dere-



BASILIO
BALTASAR

Entre el honor y la brutalidad, los lanceros llevan a cuestras el insufrible rubor que los oprime

chos de los animales perciben con agudeza el sufrimiento del toro y una resuelta ternura cultural les lleva a rechazar la humillación a la que es sometido. Cada año se preguntan con la misma perplejidad cómo se puede carecer del más elemental sentido de la compasión y perseguir al toro profiriendo espeluznantes aullidos de ferocidad.

Sin embargo, cuando consideran detenidamente el fenómeno de Tordesillas les sorprenderá descubrir que, en realidad, a estas cofradías taurófagas les resulta insostenible cargar con el peso de la tradición. El indecible gozo de martirizar al toro les procura un placer duradero, pero al mismo tiempo la matanza les produce un inquietante resquemor.

El reglamento de las cofradías expresa, con una nitidez

asombrosa, la repugnancia que sienten sus miembros al ejecutar el sacrificio del toro y el gran empeño puesto en desvirtuar el verdadero sentido de los ritos que practican. La normativa de la “sabia y heroica” Orden del Toro de la Vega, después de solemnes preámbulos, exige “que se trate al toro con dignidad y honor y que nadie ose tratarlo mal, ni vivo ni muerto, ni de palabra ni de obra”.

La ordenanza declara que el respeto de los lanceros por el toro pertenece al modo caballeresco del ser castellano, que el torneo examina el estado anímico y físico de los vecinos, que el rito resume el modo de pensar de un pueblo y que es de “grandísima” utilidad a todos y cada uno; y advierte que nadie debe osar acudir al torneo en mal estado de ánimo, que el torneante

se mostrará muy cortés, evitando las malas formas y comportándose con humildad.

He aquí el testimonio de una extraña ceremonia de expiación. Pues tan intensa negación de la vivida verdad de los hechos cometidos supone forzosamente tener una clara conciencia de su significado. Nadie trata con dignidad al toro que está martirizando. La contradicción es insalvable. Para perseguirlo, asustarlo, acosarlo, alancearlo, desangrarlo y darle la última puñalada hace falta un furor inconciliable con la humildad.

Pero las ordenanzas de la Orden del Toro de la Vega no pretenden embellecer un festejo incompatible con las virtudes morales ni encubrir con una retórica medievalizante el sudor de las camisetas manchadas de sangre. Las ordenanzas no son un embuste escrito para enmascarar la verdad sino, justamente, el medio elegido para confesarla. Al enumerar los principios que nadie puede cumplir, al prohibir la vejación del toro, la Orden admite lo que no puede poner por escrito: lo que fatalmente ocurrirá.

El texto desvela una rara especie de farsa sacramental: conscientes de la violencia que los posee, las gentes de Tordesillas hacen de su modesta hecatombe una bufonada sangrienta. El ampuloso respeto al toro, pregonado antes de iniciar la persecución, les sirve de catarsis cómica. ¿Cabe imaginar una negación de sí mismo más risible?

Sin embargo, los feroces cazadores de toros no son tanto los prisioneros del perturbado imaginario de la violencia como las víctimas de una íntima y secreta vergüenza. Incapaces de abolir la tradición que les impone la violencia, sometidos al torturado dilema entre honor y brutalidad, los lanceros de Tordesillas llevan a cuestras el insufrible rubor que los oprime.

FORGES

